



marido, hijos, yernos y nueras: —Usted debe ser un hombre malo. ¿No somos de la misma familia? ¿Por qué no hemos de poder dormir juntos?”

“Y duermen en la misma cama como comen en el mismo lecho; hasta que una noche el hombre, despertado en el orgasmo y en estado de semi-inconsciencia, se halla entre los brazos de su hija, de su hermana, o de la mujer más próxima.”

“Otras veces encuentra el explorador arreglos de tres y cuatro, variadísimos; ya son la mujer, el marido y el amante, o el marido, su mujer y la querida, o estos mismos elementos sin sombra de matrimonio, o mezclados con amores homosexuales. El caso de concubinato es la regla general. El promedio de la natalidad ilegítima en nuestros tres distintos bajos, se acerca al doble del que toca a los restantes.”

Pellet afirma respecto a Nápoles que los tugurios donde moran los pobres son nidos fecundos de criminalidad y corrupción. Y Dickens en sus novelas menciona el barrio de Whitechapel en Londres, como sede de criminales, recordando que cuando visitó allí un café concierto, tuvo que ir acompañado de la policía.

Se ha examinado si los delitos que se generan en estos barrios de suciedad y depravación, corresponden a los individuos o al ambiente. El profesor Shaw ha llegado a la conclusión en los *slums* de Chicago, que a pesar del cambio de los habitantes, dichos distritos siguen siendo los lugares del delito y del abandono.

Niceforo acepta como regla general, la mayor delincuencia en los grandes centros urbanos, así como la mayor intensidad con que se cometen en ellos algunas clases de delitos. En efecto, ya Lombroso había señalado esto último, haciendo notar que ciertas ciudades italianas tenían adquirida reputación por delitos especiales, como el robo y el homicidio.

En todas las grandes capitales existen centros de bajos fondos delincuentes, donde moran y se organizan las bandas criminales y otras cuyos miembros llevan una vida profesional al margen de la ley, como las de tahures, ladrones, vagabundos, prostitutas, pervertidos, toxicómanos, atracadores y falsificadores de moneda. En los Estados Unidos dichas pandillas de criminales tienen una excelente organización, que ha sido copiada por los delincuentes alemanes. En Viena esta clase de agrupaciones generalmente persiguen ejecutar sólo determinados hechos punibles. El desarrollo de tales asociaciones llega a ser importante en las ciudades densamente pobladas. Berlín antes de la guerra tenía unas cuarenta bandas de timadores, que se ligaban a otros grupos, y Nápoles registraba numerosas cofradías malvadas.

*La Criminalidad en las Ciudades y en el Campo.*—Es indudable que la ciudad suministra el ambiente y las condiciones apropiadas para ciertos delitos. El fraude, por ejemplo, es un delito típicamente urbano. La prostitución o el juego no pueden prosperar en el campo o las aldeas, porque no hay clientela suficiente para mantener a los explotadores de esas ilícitas actividades, y porque no se tiene en ellas el ambiente de la discreción de que se puede gozar en la ciudad. La criminalidad en uno y otro medio es distinta. Por ejemplo, Sighele menciona una acción delictuosa que tiene un desenlace diferente en la urbe y en el campo, el de la mujer que quiere ocultar el producto de su falta. Si es campesina acude al infanticidio, pero si vive en un medio urbano buscará el aborto. Otros especialistas señalan que la delincuencia rústica registra asesinatos, violaciones y robo, en tanto que en los grandes centros de población, el equivalente respectivo de estos delitos son las lesiones, la seducción, el hurto o el fraude.

La razón de esta diferencia, se encuentra a nuestro juicio en que el criminal urbano tiene más fondo intelectual que el hombre de campo. Ya lo dijo Ihering, la ciudad es el lugar de los usos refinados. También cabe invocar sobre esta cuestión una razón sociológica, la población rural es más homogénea que la urbana por la uniformidad de la vida, ya que sus miembros están más sometidos a los frenos sociales, como el de la familia, para limitar la conducta punible. En cambio sostiene Hurwitz, “la vida urbana ofrece grandes posibilidades de rozamiento, numerosas tentaciones y mucha facilidad para permanecer en el anónimo. Los robos, que influyen en las estadísticas de criminalidad general más que cualquier otro tipo de delito, son indudablemente mucho más fáciles de cometer, así como planearlos, en las grandes ciudades, y los objetos robados también se venden con más facilidad. Es un hecho indiscutible y fácilmente explicable que los ladrones y demás delincuentes profesionales buscan para su actuación las grandes ciudades”.

Niceforo asienta que el “parasitismo masculino incrustado en la baja mala vida femenina, no puede manifestarse más que de un modo esporádico en el campo, mientras que encuentra su materia prima concentrada casi únicamente en las ciudades”.

Por otra parte, Spengler ha señalado que cuando el mercado se ha convertido en ciudad, desaparecen las formas simples de circulación rural, y se forma en la urbe otra corriente, porque sus habitantes no tienen la íntima vinculación al suelo y les domina el pensamiento del dinero. En efecto, ya Garófalo reconocía que el urbano está más sujeto a la influencia del factor económico en el campo de la criminalidad, y Rodolfo Laschi estudiaba como fenómeno privativo de la urbe la delincuencia bancaria.

La ciudad se ha desarrollado tan vigorosamente, que el curso de la historia contemporánea se orienta por la política exterior de las grandes capitales: Washington y Moscú. El cosmopolitismo invade a las urbes principales, pero aun se conservan en la pequeña ciudad los usos y costumbres del pueblo, el respeto a la tradición nacional. Estas diferencias se reflejan en la delincuencia. El habitante de la gran urbe es más inteligente y amoral que el hombre de campo. Este último ve, por ejemplo, como un fenómeno natural el aumento de la natalidad, en tanto que en la ciudad se limitan los alumbramientos por la coacción del factor material. La mujer aldeana es fundamentalmente madre. Pero ahora surge en las grandes poblaciones, como señala el filósofo, "la mujer ibseniana, la compañera, la heroína de una literatura urbana, desde el drama nórdico hasta la novela parisiense".

Y aparece en el mundo moderno la industria de la trata de blancas, que adquiere fisonomía internacional por medio de empresas vinculadas, que manejan el negocio en las principales capitales, y que el periodista Jack London denunció, señalando cómo sacaban a las jóvenes de la Europa Central, para llevarlas a los prostíbulos de Buenos Aires y Montevideo.

El ambiente de las ciudades ejerce una influencia que más fácilmente orienta al delito que el medio campirano. En éste la naturaleza, con sus bosques y ríos, sus campos y flores, su silencio y sus hermosas puestas de sol, traen la paz y sosiego para el espíritu. Por el contrario, el urbanismo presenta al hombre, frecuentemente, un espectáculo de lucha y discordia, de egoísmo y desconfianza. Los adultos y jóvenes están expuestos a caer en las garras de la prostitución, el alcoholismo, la toxicomanía y el juego.

Los artículos comerciales son exhibidos en forma tan sugestiva, que despiertan el afán de posesión aún por medios reprobables.

En la ciudad se incuba la infancia moralmente abandonada y adiestrada en la mendicidad, y la familia se ve en peligro de disolución. La vigilancia de los hijos es difícil o imposible. Los automóviles de lujo, las piedras preciosas, los vestidos de los grandes modistos, las pieles y los juegos de cartas, son a veces causa de la perdición de una joven o de infidelidad conyugal. Los delitos que ofrecen los clubes nocturnos, las apuestas en las carreras de caballos y juegos de pelota, han motivado más de un desfalco o falsificación de documentos. La vida vertiginosa de la urbe con sus mil ruidos de tranvías, automóviles, llamadas telefónicas, radios y bocinas; sus muchedumbres que casi nos asfixian en los almacenes, camiones, cines, oficinas y toros; sus luces eléctricas que brillan y saltan en todos colores del manto de la noche; el trabajo agotador que nos depara, todo esto contribuye a minar el sistema nervioso, privando de la razón a muchas personas, que en tal estado infringen la ley penal.

Pero esta distribución del delito en el campo y la ciudad tiende a disminuir, porque cada día es más difícil separar lo urbano de lo rural, por el desarrollo de las comunicaciones, y porque las condiciones de la vida urbana tienden a extenderse a todo el territorio. Pero por ahora se puede concluir, que la delincuencia es más frecuente en las ciudades que en el campo, y más en las grandes, que en las pequeñas ciudades.

*La Ciudad y la Delincuencia Juvenil.*—La urbe genera factores criminógenos que determinan las infracciones que cometen los niños y jóvenes, entre los cuales ya mencionamos las condiciones de miseria de los hogares. Cabe citar, además, lo que escribí en unión del señor licenciado J. Ángel Ceniceros, sobre las males compañías que acechan a los menores en las calles y plazas para rebajarlos moralmente, amén de la literatura malsana, el lujo y el juego.

La vida de la calle en las grandes ciudades, está llena de sugestiones peligrosas para el joven. La venta clandestina de publicaciones inmorales y de estampas obscenas: el atractivo de espectáculos que, aun cuando tolerados por la autoridad, despiertan el deseo y la concupiscencia: la accesibilidad al cinematógrafo, cuyos asuntos no han logrado todavía redimir a este maravilloso invento del pecado con que nació, de ser escuela de inmoralidad y de vicio, al par que es también un agente poderoso de civilidad y de educación; los periódicos que instigados por un deseo de sensacionalismo, se han convertido en crónicas del delito en todas sus formas, sin excluir los detalles, tanto gráficos como descriptivos, que permiten conocer así los medios de cometerlo como los de escapar de la sanción penal; todo esto mantiene al joven en un estado de excitación permanente, y en una vaga incitación a la acción. El público es cada vez menos sensible al horror de los desmanes y a la repulsión que despierta el malhechor. Una juventud cada vez más corrompida busca ávidamente lo más saliente, lo más extraordinario; nada es demasiado fuerte para ella.

El cine, tan accesible y popular en las urbes, es una lectura por fotografías, contra la cual aún no se ha revelado la sociedad por la forma en que se le presenta, pero no equivale ni siquiera a un profesor que desarrollara ante un grupo de niños y niñas una conferencia acerca del amor, de los celos, de la manera de realizarse un rapto, de la sensación de placer que producen el beso y el abrazo, pues esa lección sería menos sensible que la proyección cinematográfica, lección que en los Estados Unidos presencian semanariamente más de cuarenta millones de niños. Su importancia se hace notar sobre todo, cuando pensamos que es poderoso excitante de los centros intelectuales: la atención, la memoria, el juicio, la imaginación y especialmente el sentido de la vista, que es el sentido del estudio, de tal manera que es por eso uno de los